

mente; al paso que la necesidad que está por venir es una mera abstracción y solo la sentimos en la imaginación. Son por lo mismo, necesarias costumbres de espíritu y disposiciones morales bien acendradas las cuales no pueden ser efecto sino de un estado de civilización ya avanzado. De ahí la afirmación de los expositores de que el ahorro principió con la civilización.

El ambiente de las sociedades modernas en que se vive tan de prisa y en que se ven hacerse y deshacerse fortunas, como castillos de nubes, nos obliga a preocuparnos sin tregua por lo porvenir. Sabios, políticos, comerciantes, industriales, hombres de negocios, viven constantemente empeñados en prevenir lo conveniente contra las vicisitudes del futuro. Pero esto constituye un esfuerzo intelectual de que no es capaz el salvaje que solo tiene conciencia de la necesidad presente y que según la expresión de Montesquieu "corta el árbol para coger el fruto".

2º El trabajo

La segunda condición de la realización del ahorro es que el trabajo sea lo bastante productivo para dejar un excedente sobre las necesidades de la vida. No sería sensato en efecto, sacrificar el presente al porvenir. Reducirse a morir de hambre hoy por no morir del mismo mal mañana será avaricia, feo pecado que hace despreciable al hombre dominado por él.

Pero ¿cuando es el trabajo suficientemente productivo para dejar excedente? Permitidme que os lo diga en pocas palabras:

Está fuera de toda duda esta verdad: que la sociedad y el individuo padecen mucho mas a causa del despilfarro que por falta de dinero, y que mas fácil es ganarlo que saber gastarlo.

En realidad, la riqueza del hombre no está representada por lo que gana, por lo que adquiere, sino por lo que le queda después de satisfacer sus necesidades.

Los goidores corren y que gradualmente se acorta la distancia que me separa de ellos. Pero la puerta de Hato Nuevo está ya cerca. ¿Cómo no he de encontrar allí algún amparo? Llego. ¡Maldición! ¡Maldición! La puerta está cerrada. Me vuelvo para acá y para allá, y torno cien veces al medio de la puerta. Siento el lazo que me ciñe el pecho y la cruz. ¿Cómo no? Maldición pasa por el primer enlazador de la Sabana. Huyo brincando; el rejo se atesa.... En fin ya estoy en las garras de mi verdugo.

Continuara

des, o sea por lo que economiza; y cuando mediante su trabajo obtiene algo mas que lo suficiente para sí y para su familia, y puede apartar aunque sea una pequeña cantidad, llega a poseer en un tiempo más o menos largo los elementos de bienestar social.

Se sienta un principio

Y bien: sobre el particular, se puede hacer una afirmación general: toda persona puede economizar salvo contadas excepciones. Fúndase esta afirmación en el hecho, por todo el mundo admitido, de que las necesidades pueden ampliarse y restringirse indefinidamente, según nuestra voluntad y en que, restringidas razonablemente en cada caso de acuerdo con la cantidad que representa el valor del trabajo, casi siempre podrá quedar un excedente para acumular.

En general, saber gastar el dinero que se gana es el arte de consumirlo de suerte que se satisfagan las verdaderas necesidades quedando un excedente aun que sea mínimo. El buen sentido y nuestro propio interés, indicará en cada caso, qué se entiende por verdadera necesidad. Desde luego el buen sentido rechaza los gastos viciosos como que son el veneno corrosivo del ahorro.

Saber escoger la cosa ahorrada

La tercera condición para la realización del ahorro es cierta calidad de la cosa ahorrada: la de que ésta pueda ser conservada. El ahorro no puede, en efecto, recaer sobre todas las cosas que están en el comercio de los hombres. Suele ocurrir que las cosas se destruyen tan pronto cuando no se hace uso de ellas como cuando se las utiliza. Por esta razón el ahorro tuvo un empleo muy reducido, por falta de objeto adecuado, hasta el día en que se emplearon la moneda y los metales preciosos como acumuladores del valor. Fué entonces cuando apareció el ahorro, que contenía en potencia todos los maravillosos resultados que se le han reconocido después.

El oro y la plata son según se demuestra en el estudio de la Economía política relativo a los sistemas monetarios, los cuerpos menos alterables. Esos metales no pueden ser objeto del consumo pero en todo momento pueden ser cambiados por objetos consumibles; y, así, quién quiere ahorrar, en vez de pensar en conservar cosas perecederas, las cambia por moneda, pone esta en lugar seguro y después de

cierto tiempo no tiene mas trabajo que cambiarla por la riqueza que escoja. Los tesoros o santuarios, como solemos llamarlos familiarmente, y cuya expectativa es aún hoy día motivo de ridículas supersticiones constituyen un caso de lo que se llama consumo diferido pues el dueño primitivo se privó de gastar el tesoro en provecho personal suyo, y, guardándolo, da lugar, después de siglos quizás, a que se realice el ahorro en beneficio del afortunado descubridor.

Instituciones que facilitan el ahorro

La cuarta condición para la realización del ahorro es que haya instrumentos o sea instituciones que lo faciliten como son las cajas de ahorro, los seguros, los bancos.

De lo dicho hasta ahora se deduce que los medios necesarios para adquirir la costumbre de la economía son, en primer término, el yacimiento propio, el dominio de la voluntad, un claro discernimiento de las verdaderas necesidades individuales, el desarrollo de la facultad de la previsión y como base de todo el trabajo asiduo.

Los enemigos de la economía, la imprevisión

Los enemigos de la economía y del ahorro se presentan bajo diversas formas pero todos son hijos de una misma causa: nuestra propia imprevisión. La mayor parte de las gentes trabaja, come, bebe y duerme sin pensar en proveer para lo porvenir y asegurar la satisfacción de las necesidades futuras. Nunca cruza por su espíritu de una manera provechosa al idea de la adversidad, de los sinsabores, del desamparo que ha de venir, después de los años, con la vejez y con las enfermedades. En esto la imprevisión suele poner al hombre civilizado en un pie de igualdad con el salvaje de los bosques que vive sin iniciativa propia, confiado en la pesca y en la caza, sin cuidarse del mañana y entregado en una injustificable somnolencia, al instante presente. Pero si el salvaje puede vivir así porque está en contacto inmediato con la madre naturaleza que le ofrece el sustento, no ocurre lo mismo al hombre que vive en centros sociales donde los recursos se reparten diariamente con una actividad vertiginosa como que allí cada individuo sabe que en ello le va la vida. Este ejercicio constante del hombre de sociedad desarrolla en él la previsión y despierta en su espíritu legítimas ambiciones en el sentido del mejoramiento de condición. El temor de quedar a un nivel inferior de los demás le infundirá el sentimiento del respeto propio y se dará cuenta de que es